

Fiesta di San Juan Diego Cuauhtlatoatzin
Santuario de Nuestra Señora de Guadalupe
La Crosse
9 de diciembre de 2022

1 Cor 1, 26-31
Sal 131, 1. 2. 3
Mt 11, 25-30

Homilía

Alabado sea Jesucristo, ahora y siempre. ¡Amén!

San Juan Diego es un modelo poderoso para nosotros en su disposición para hacer todo lo que Nuestra Señora de Guadalupe le pidiera. En su primera aparición, el 9 de diciembre de 1531, comprendió que estaba presenciando una visita del Cielo a la tierra. Al principio, se preguntó si podría estar imaginando lo que estaba pasando o si podría estar soñando.¹ Pero, cuando Nuestra Señora le habló y le pidió que le comunicara al Obispo su deseo de que construyera una capilla en la que ella manifestaría el amor misericordioso de Dios, Juan Diego aceptó de buen grado la misión. Aunque era profundamente consciente de su bajeza, se dirigió humildemente al Obispo para dar a conocer la voluntad de Nuestra Señora.

Cuando el Obispo comprensiblemente cuestionó la verdad de lo que Juan Diego le estaba contando, Juan Diego comenzó a dudar de que él fuera la persona adecuada para ser el mensajero de Nuestra Señora, porque supuso que el Obispo no cuestionaría a alguien de un estado de vida superior. Encontrando a Nuestra Señora por segunda vez, cuando regresaba de la primera reunión con el Obispo, explicó la respuesta del Obispo: “Me recibió amablemente y escuchó perfectamente, pero, por lo que me respondió, como si su corazón no lo entendió [la “palabra venerable” de Nuestra Señora], no lo tiene por cierto.”² Entonces Juan Diego rogó a Nuestra Señora, en sus palabras, “que alguno de los nobles, estimados, que sea conocido, respetado,

¹ Cf. “Apéndice A, *El Nican Mopohua*,” in Carl Anderson y Monseñor Eduardo Chávez, *Nuestra Señora de Guadalupe. Madre de la civilización del amor* (México: Grijalbo, 2010), p. 213, nn. 9-10. [NMEsp].

² NMEsp, p. 216, n. 51.

honrado, le encargues que conduzca, que lleve tu amable aliento, tu venerable palabra, para que le crean.”³

Nuestra Señora respondió inmediatamente a Juan Diego con estas palabras:

Escucha, el más pequeño de mis hijos, ten por cierto que no son escasos mis servidores, mis mensajeros, a quienes encargue que lleven mi liento, mi palabra, para que efectúen mi voluntad; pero es necesario que tú, personalmente, vayas, ruegues, que por tu intercesión, se realice, se lleve a efecto mi querer, mi voluntad. Y, mucho te ruego, hijo mío el menor, con rigor te mando, que otra vez vayas mañana a ver al Obispo. Y de mi parte hazle saber, hazle oír mi querer, mi voluntad, para que realice, haga mi templo que le pido. Y bien, de nuevo dile de qué modo yo, personalmente, la siempre Virgen Santa María, yo, que soy la Madre de Dios, te mando.⁴

Juan Diego hizo lo que Nuestra Señora le ordenó y, aunque tuvo mas desafíos, especialmente la enfermedad aparentemente fatal de su tío, cumplió la misión que Nuestra Señora le encomendó. De hecho, desde el día en que presentó al Obispo la señal que había pedido, la señal proporcionada por Nuestra Señora y Nuestro Señor: las rosas milagrosas de Castilla y la impresión aún más milagrosa de la imagen de Nuestra Señora en la tilma de Juan Diego – , hasta el día de su muerte, fue el mensajero fiel de Nuestra Señora, atrayendo a los peregrinos a su sagrada imagen y contándoles su mensaje.

Nuestro Señor nos invita, como invitó a Juan Diego a través de la Virgen de Guadalupe, a asumir nuestra misión en la vida, aunque parezca imposible, con la confianza de que Él está siempre con nosotros:

Llevad mi yugo sobre vosotros y aprended de mí; porque soy manso y humilde de corazón, y hallaréis descanso para vuestras almas. Porque mi yugo es fácil, y ligera mi carga.⁵

Siguiendo el ejemplo de San Juan Diego e invocando su intercesión, recibimos la gracia de comprender nuestra misión en la vida y tomarla con confianza en la promesa de Nuestro Señor. No importa cuáles sean nuestros dones personales y no importa qué desafíos se presenten en

³ NMEsp, p. 216, n. 54.

⁴ NMEsp, p. 216, nn. 58-62.

⁵ Mt 11, 29-30.

nuestro camino, solo tenemos una preocupación: tomar cada día la cruz con Nuestro Señor.⁶ Si llevamos fielmente la cruz con todo nuestro corazón, podemos estar seguros de que el Señor no dejará de bendecirnos no sólo en esta vida, sino finalmente y plenamente en la vida que nos espera.

Cuando asumimos nuestra misión en la vida con confianza en la gracia divina, nosotros, con Juan Diego, llegamos a comprender las palabras divinamente inspiradas de San Pablo:

Primera Lectura:

Hermanos: Consideren que entre ustedes, los que han sido llamados por Dios, no hay muchos sabios, ni muchos poderosos, ni muchos nobles, según los criterios humanos. Pues Dios ha elegido a los ignorantes de este mundo, para humillar a los sabios; a los débiles del mundo, para avergonzar a los fuertes; a los insignificantes y despreciados del mundo, es decir, a los que no valen nada, para reducir a la nada a los que valen; de manera que nadie pueda presumir delante de Dios.⁷

Somos colaboradores de Cristo. Si le entregamos todo nuestro corazón, toda nuestra mente y todas nuestras fuerzas, Él bendecirá, ahora y en la eternidad, todo lo que le ofrecemos, que lo pobre y humilde que parezca.

Nuestra Señora de Guadalupe nos pide hoy, como le pidió a San Juan Diego, que seamos sus mensajeros, para que llegue a innumerables almas. Desde la perspectiva de nuestra carne humana, tenemos todas las razones para dudar de que podamos cumplir la misión. Hay tantos motivos mundanos para dudar y ceder al desánimo. Con San Juan Diego, bajo el cuidado amoroso de la Madre de Dios, vamos adelante confiados en que Cristo transformará nuestra pobreza en un rico don para nosotros y para los demás. Como nos enseña San Pablo:

Él [Dios] es la fuente de tu vida en Cristo Jesús, a quien Dios hizo nuestra sabiduría, nuestra justicia, nuestra santificación y nuestra redención. Por lo tanto, como dice la Escritura: El que se gloria, que se gloríe en el Señor.⁸

Confiemos en que podemos hacer lo que Dios nos pide en nuestro tiempo, no por nuestros talentos y méritos, sino porque estamos vivos en Cristo, porque la gracia del Espíritu Santo se derrama del glorioso y traspasado Corazón de Cristo en nuestros corazones.

⁶ Cf. Mt 16, 24; Mc 8, 34; Lc 9, 23.

⁷ 1 Cor 1, 26-29.

⁸ 1 Cor 1, 30-31.

Oremos también, de manera particular, para que el santuario de Nuestra Señora aquí sea siempre fiel a su misión como un lugar santo en el que la Madre de Dios trae a los peregrinos a una relación más íntima con su Divino Hijo, su Salvador. Pidamos a San Juan Diego que interceda por el Santuario para que, a imitación de su vida santa, sirva cada vez más al bien espiritual de los peregrinos, especialmente en una época tan mundana e incluso hostil a lo espiritual, para lo que es verdadero y bueno y hermoso. Dejemos que nuestra única gloria sea en el Señor, en nuestra cooperación con Él para que traiga Su verdad salvadora y su amor a todos.

Bajo la guía maternal de la Virgen de Guadalupe, la Madre de Dios, unimos ahora nuestros corazones al Corazón Eucarístico de Jesús. Que el Corazón de Jesús sea para nosotros, como lo fue para San Juan Diego, nuestra sabiduría, nuestra fuerza, nuestra justicia, nuestro amor, nuestra eterna salvación.

Corazón de Jesús, fuente de vida y de santidad, ¡ten piedad de nosotros!

Nuestra Señora de Guadalupe, Madre de América y Estrella de la Nueva Evangelización, ¡ruega por nosotros!

¡San Juan Diego, ruega por nosotros!

En el nombre del Padre, y del Hijo, y del Espíritu Santo. Amén.

Raymond Leo Cardenal BURKE